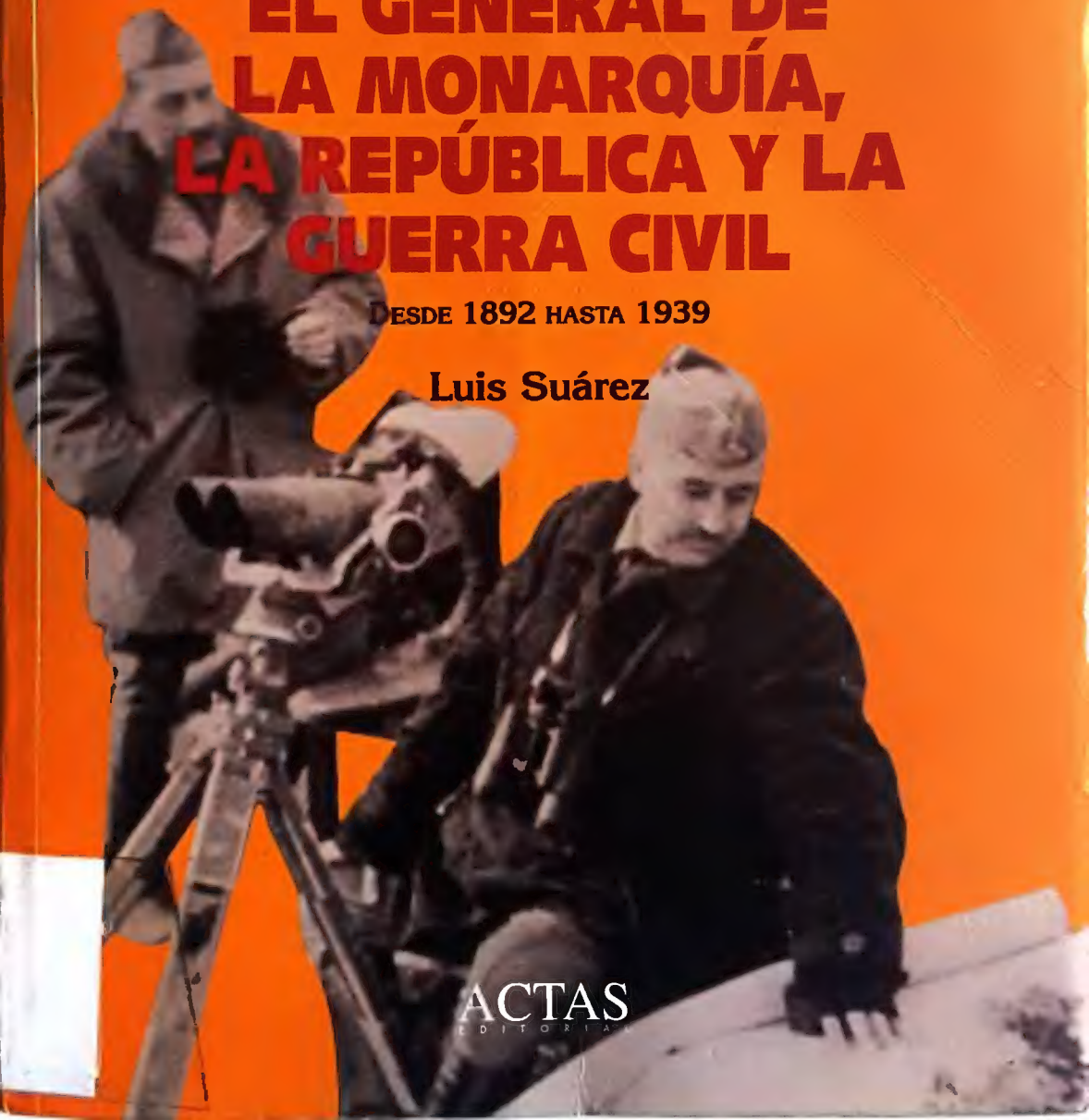
FRANCO

CRÓNICA DE UN TIEMPO

EL GENERAL DE LA MONARQUÍA, LA REPÚBLICA Y LA GUERRA CIVIL

DESDE 1892 HASTA 1939

Luis Suárez



ACTAS
EDITORIAL

Luis Suárez Fernández, nacido en Gijón en 1924 es, en la actualidad, profesor emérito en la Universidad Autonoma de Madrid, miembro de número de la Real Academia de la Historia, de mérito de la de Portugal y correspondiente de la de Buenas Letras de Barcelona y de varias de Hispanoamérica. También ha dirigido la Escuela del CSIC en Roma. Aunque es conocido especialmente por sus trabajos sobre Baja Edad Media, en especial la época de los Reyes Católicos, su interés es polifacético: comenzó sus investigaciones en el siglo XVII, ha escrito libros sobre Roma y el Oriente Antiguo, los judíos y las interpretaciones de la Historia y también diez volúmenes sobre diversos aspectos de la vida y obra de Franco.

FRANCO

CRÓNICA DE UN TIEMPO

Plan general de la obra:

1. El general de la Monarquía, la República y la Guerra Civil *(desde 1892 hasta 1939).*
2. España, Franco y la Segunda Guerra Mundial *(desde 1939 hasta 1945).*
3. La victoria frente al bloqueo *(desde 1945 a 1953).*
4. Los proyectos para una doble estabilización *(desde 1953 a 1961).*
5. Resistencia a la subversion *(de 1961 a 1967).*
6. El camino de tránsito hacia la Monarquía *(desde 1967 hasta 1975).*

Índices.

Luis Suárez va desgranando en las páginas de este libro los hechos a través de la documentación de que disponemos, sin juicios de valor ni interpretaciones, como corresponde al oficio de historiador, para ofrecer al lector las claves necesarias –África, la Dictadura de Primo de Rivera, la caída de la Monarquía, la República, las reformas de Azaña, la Revolución de 1934, el ascenso de los totalitarismos, el Frente Popular, etc.– para conocer y entender los acontecimientos y circunstancias que habrían de conformar la personalidad y el pensamiento del Generalísimo, que partiendo del desastre del 98, que Franco contemplaría con 5 años y en el seno de una familia tradicionalmente de marinos, habrían de desembarcar en el alzamiento de julio de 1936 y darían lugar al cruel enfrentamiento de las dos Españas que duró dos años y medio y que abrieron paso a un Estado nuevo: el Régimen de Franco.

FRANCO:
CRÓNICA DE UN TIEMPO

EL GENERAL DE LA MONARQUÍA, LA REPÚBLICA Y LA GUERRA CIVIL
Desde 1892 hasta 1939

ÍNDICE

Página

Nota previa 13
Introducción general. Franco, crónica de un tiempo 15

PRIMERA PARTE
FRANCO, GENERAL PARA LA MONARQUÍA Y LA REPÚBLICA

Capítulo 1. La adolescencia del niño que quiso ser marino 49
I. El linaje de Franco 49
II. España en el tránsito del siglo XIX al XX 54
III. Divisiones ideológicas 59
IV. 1898 63
V. La aparición de los separatismos 68

Capítulo 2. La llamada de África 74
I. Origen de la cuestión marroquí 74
II. La Academia de Infantería 77
III. La Semana Trágica de Barcelona 78
IV. El segundo teniente 83
V. Marruecos, al fin 85
VI. El teniente de Regulares 88
VII. Ascenso a capitán. La grave herida de *El Biutz* 91

Capítulo 3. 1917 95
I. Oviedo 95
II. Trasfondos doctrinales 98
III. Los mecanismos de la revuelta 101
IV. El comandante Franco y la revolución 108

Capítulo 4. Diario de una bandera 112
I. La primera idea de la Legión 112
II. Dar Riffien 117
III. De Uad Lau a Xauen 121
IV. Annual 125
V. Dar Drius 127

Capítulo 5. El camino de Alhucemas 131
I. El fin de la Restauración 131
II. Franco, al frente de la Legión 135
III. El enfrentamiento con Primo de Rivera 140

IV. La hora sombría de Xauen 143
V. Alhucemas 147

Capítulo 6. La Academia General de Zaragoza 154
I. El general más joven de Europa 154
II. El nombramiento de director de la Academia 158
III. El fin de la Dictadura 163
IV. El «error Berenguer» 167

Capítulo 7. 1931 173
I. Franco y el 14 de abril 173
II. Antimilitarismo 178
III. Anticlericalismo 182
IV. Cierre de la Academia General 188

Capítulo 8. El día en qne España dejó de ser católica 191
I. La declaración ante el comité del Congreso 191
II. La Constitución de 1931 195
III. Franco y el pronunciamiento de Sanjurjo 202
IV. La Comandancia General de Baleares 208

Capítulo 9. Franco se alinea en el anticomunismo 213
I. El joven orador del teatro de La Comedia 213
II. La doctrina falangista 218
III. Victoria electoral de la CEDA 222
IV. Ascenso a general de División 227

Capítulo 10. Franco y la Revolución de Octubre 233
I. Los preparativos del Golpe Socialista 233
II. La toma de decisión 236
III. Franco en el Ministerio de la Guerra 240
IV. Las consecuencias 245

Capítulo 11. Reorganizar el Ejército 249
I. La evolución falangista 249
II. Franco, jefe del Ejército de África 252
III. Franco, al frente del Estado Mayor 255
IV. El fin de Lerroux 261

Capítulo 12. La tentación resistida 265
I. Diciembre, 1935 265
II. Las opciones preelectorales 268
III. El resultado de la votación 273
IV. Cinco días de febrero 276

SEGUNDA PARTE
GENERALÍSIMO Y JEFE DE ESTADO

Capítulo 13. Los preparativos para el Alzamiento 285
I. El fin de Alcalá Zamora 285
II. La candidatura por Cuenca 290
III. Los antecedentes de la conspiración 294

Capítulo 14. De Canarias a Marruecos. El vuelo del Dragón 301
I. La carta a Casares Quiroga 301
II. Los argumentos jurídicos encontrados 307
III. Galicia saluda a Francia 313
IV. Sin novedad en Marruecos, mi general 315

Capítulo 15. Internacionalización del conflicto 320
I. Cuatro días de julio 320
II. Equilibrio de fuerzas 327
III. La búsqueda de mercados 330
IV. El «pecado original» de Franco 335
V. La posición ideológica inicial de Franco 339

Capítulo 16. Cruzar el Estrecho 343
I. La firme decisión 343
II. Por aire y por mar 345
III. Los barcos que la cruzaron 349
IV. De Sevilla a Talavera 352

Capítulo 17. La elección de Franco para la Jefatura del Estado 361
I. La actitud de la Iglesia ante el Alzamiento 361
II. La caída de Talavera produce cambios 366
III. Hora de decisiones 371
IV. El Decreto 375
V. Investidura burgalesa: el Caudillo 380

Capítulo 18. Los cambios políticos internos 385
I. El ascenso de los totalitarios 385
II. Salamanca, Cuartel General 388
III. Salvar a José Antonio 392
IV. La difícil cuestión vasca 399
V. Don Miguel de Unamuno 403

Capítulo 19. Madrid: La batalla perdida 408
I. El proyecto de No Intervención 408
II. La marcha sobre Madrid 412
III. El asalto a Madrid 417

Capítulo 20. Reconocimiento oficial de Alemania e Italia 423
I. La idea de enviar «voluntarios» 423
II. La muerte de José Antonio 426
III. El acuerdo hispano-italiano 429
IV. Batallas en torno a Madrid 432
V. Las gestiones del doctor Junod 437

Capítulo 21. Del altar y del trono 441
I. La actitud inicial del Vaticano 441
II. Las primeras gestiones de Gomá 445
III. Masonería 448
IV. Perspectivas de restauración 450
V. De nuevo el Comité de No Intervención 454

Capítulo 22. Guadalajara no fue Abisinia 456
I. CTV. Corpo di truppe volontaire 456
II. Guadalajara: un objetivo muy preciso 458
III. De nuevo la No Intervención 462

Capítulo 23. Un largo camino hacia la unidad política 466
I. Rumores salmantinos 466
II. *Mit brennender Sorge* 470
III. El Decreto comienza a gestarse 474
IV. Tres noches de abril 477
V. Prisión de Manuel Hedilla 482
VI. Proceso y sentencia 485

Capítulo 24. Las claves de una polémica: El Vaticano, los vascos, Guernica 491
I. Los voluntarios vasco-navarros 491
II. La Cuaresma de España 495
III. La ruptura del frente de Vizcaya 500
IV. El bombardeo de Guernica 503
V. Las concesiones de Franco 506
VI. Gomá y Pizzardo 510

Capítulo 25. Bilbao: el gran cambio 513
I. Los obispos deben pronunciarse 513
II. Cambio de Gobierno en Valencia y muerte de Mola 515
III. Incidentes internacionales 519
IV. Al fin, Bilbao 522
V. El Vaticano reconoce a Franco 526

Capítulo 26. La decisión de Brunete 534
I. Eliminación del POUM 534
II. *Animal Farm* 536
III. ¿Victoria o derrota? 539

IV. La consecuencia: Santander 542
V. Belchite 545
VI. El final del frente Norte 547

Capítulo 27. Construir el Movimiento 550
I. Eliminación de la democracia inorgánica 550
II. El anuncio de la Monarquía 553
III. Los Estatutos del Movimiento 557
IV. Las dificultades internas 561

Capítulo 28. Minas, submarinos, aviones: la fuente de conflicto con el III Reich 566
I. ¿Beligerancia? 566
II. La conferencia de Nyon 569
III. Alemania presenta sus demandas 572
IV. El proyecto Montana 575

Capítulo 29. Primer ensayo de ruptura con la Hisma 580
I. Consejo Nacional del Movimiento 580
II. Vicente Rojo conquista Teruel 585
III. En las horas bajas 589
IV. La ruptura con la Hisma 591

Capítnlo 30. Institucionalizar la Dictadura 594
I. El Consejo de Ministros 594
II. Las primeras acciones del Consejo 597
III. El crecimiento de Serrano Suñer 601
IV. Las muy delicadas negociaciones con el Vaticano 605
V. El fracaso de Manuel Irujo 609

Capítnlo 31. Mare Nostrum 613
I. La decisión de febrero 613
II. El Fuero del Trabajo 616
III. Primeros pasos hacia una guerra general 620
IV. La batalla de Aragón 622

Capítulo 32. Final del Proyecto Montana 627
I. Las decisiones de Negrín 627
II. Dirigismo estatal deliberado 630
III. De nuevo el freno en los avances 634
IV. Las directrices políticas del conde de Jordana 637
V. La ley de Minas 643

Capítulo 33. Las aguas del Ebro no pasaron por Munich 646
I. Los planteamientos militares 646
II. El estancamiento 650
III. La crisis sudete 653
IV. La victoria en el Ebro 658

Capítulo 34. Barcelona 662
I. Secuelas diplomáticas de Munich 662
II. Los últimos esfuerzos de paz 666
III. El avance hasta Barcelona 669
IV. El final del Régimen Republicano 675

Capítulo 35. ...Y, al final, Madrid 678
I. Franco se adhiere al Pacto Antikomintern 678
II. Proyectos para una capitulación 681
III. Los cuatro días de marzo 688
IV. La liquidación de la guerra 690

Notas
Notas al Capítulo 1 694
Notas al Capítulo 2 697
Notas al Capítulo 3 701
Notas al Capítulo 4 703
Notas al Capítulo 5 705
Notas al Capítulo 6 708
Notas al Capítulo 7 709
Notas al Capítulo 8 713
Notas al Capítulo 9 716
Notas al Capítulo 10 719
Notas al Capítulo 11 721
Notas al Capítulo 12 723
Notas al Capítulo 13 725
Notas al Capítulo 14 729
Notas al Capítulo 15 732
Notas al Capítulo 16 736
Notas al Capítulo 17 739
Notas al Capítulo 18 743
Notas al Capítulo 19 747
Notas al Capítulo 20 749
Notas al Capítulo 21 751
Notas al Capítulo 22 753
Notas al Capítulo 23 755
Notas al Capítulo 24 760
Notas al Capítulo 25 764
Notas al Capítulo 26 768
Notas al Capítulo 27 769
Notas al Capítulo 28 771
Notas al Capítulo 29 773
Notas al Capítulo 30 775
Notas al Capítulo 31 779
Notas al Capítulo 32 781
Notas al Capítulo 33 783
Notas al Capítulo 34 785
Notas al Capítulo 35 787

NOTA PREVIA.

Ignoro, al comenzar la que es ya tercera redacción de esta obra, si llegará un día a publicarse o si, dada mi edad, conseguiré concluirla. Ante todo quiero decir que he tenido en cuenta todas las observaciones que se me han hecho acerca del texto de mi primera edición. Insisto en algo que ya entonces dije y que me propongo mantener con más rigor todavía: escribo sin odios ni aficiones; no estoy en contra de nadie ni a favor de ninguno. Pero me mueve el propósito de cumplir un oficio de historiador que consiste en explicar los sucesos utilizando para ello también las opiniones de los protagonistas: esto es lo que ha chocado y seguirá chocando, me temo, con las actitudes de nuestros días. Al establecerse un criterio oficial –la época de Franco debe considerarse como suma de males sin mezcla de bien alguno– cualquiera que se empeñe en descubrirla como lo que fue, errores y aciertos, programa político sometido a criterios religiosos, en parte cumplido y en parte no, será inevitablemente juzgado como un defensor. Es bien sencillo: quien no condena e injuria, defiende y justifica.

Pero la época de Franco, que cubre casi cuarenta años, fue en sí misma grande, porque los acontecimientos que en ella se produjeron revistieron la grandeza de la guerra y la paz, el asedio exterior, el desarrollo económico y la búsqueda, al final fallida, de una estructura política duradera distinta del totalitarismo socialista o hegeliano y de la democracia liberal parlamentaria. Sólo es posible acceder a ella de modo satisfactorio a través de los documentos conservados. El autor ha podido consultar, mediante fotocopias, muchos de ellos, en especial los que el propio Generalísimo guardaba. El método aplicado es el más rigurosamente tradicional en la investigación histórica: dejar que los documentos y los testimonios hablen por sí mismos, huyendo de interpretaciones para evitar, en lo posible, el juicio previo, la formulación de opiniones y el recurso a las fuentes para apoyarlas y no para rectificarlas.

Franco hizo de la lucha contra el comunismo –en general contra el marxismo– y de la defensa de la Iglesia el eje fundamental de su existencia. Los documentos van a hablarnos de esa lucha. Pero evitaremos cuanto nos sea posible los calificativos. Todas las personas merecen ser tratadas con el mayor respeto: si alguna vez se desliza algo que no lo demuestre, debe atribuirse a la torpeza del autor, no a su intención. Se apreciarán numerosas lagunas, pero esto debe tomarse como incitativa a otros historiadores a fin de que puedan llenarlas. Que no lo hagan con opiniones, recuerdos o sentimientos sino con fuentes testimoniales objetivas, es lo que el autor desea y recomienda. Pasados ya casi veinticinco años desde la muerte de Francisco Franco, deberíamos contar con la serenidad suficiente para hacerlo así.

Este libro, largo, por exigencias del tema, no se presenta con pretensiones de obra definitiva. Provisional y muy provisional. Vamos a entrar en un mundo complejo y muy rico por sus dimensiones: al mismo tiempo que se despejarán incógnitas y se abrirán procesos, van a plantearse nuevas cuestiones a las que otros habrán de responder. Así es el conocimiento histórico. Su utilidad consiste precisamente en que permite explicar y, con ello, induce a los hombres a la reflexión.

L.S.F.

PRIMERA PARTE

FRANCO, GENERAL PARA LA MONARQUÍA Y LA REPÚBLICA

CAPÍTULO 3

1917.

I. OVIEDO.

1. «Asturias = noviazgo». Dos palabras tan sólo para evocar una etapa que sería decisiva en su existencia: el encuentro con la muchacha que habría de acompañarle hasta el día de su muerte, arrinconaba, en 1962, todos los demás recuerdos de un año que, debemos recordarlo, estremeció al mundo. Porque 1917 fue, para Europa, sacudida por una onda revolucionaria que tardaría más de setenta años en extinguirse, un año decisivo. Lo fue también para España: «las fuerzas sociales y políticas hasta entonces inconexas, inician su articulación; este año se descubre bruscamente la total inadecuación de las estructuras monárquicas para encauzar y coronar ese conjunto de nuevas fuerzas históricas».[1] «En el verano de 1917 la descomposición interna del régimen español llegó a su punto álgido, hasta el extremo de que ya no parecía posible que pudiera sobrevivir» (Comellas). «Desde luego no escapaban a sus ojos (los de Dato) los términos en que a partir de este momento, 1917, iba a desarrollarse la tensión de las fuerzas sociales y políticas que dividían al país, y que llegaría, andando el tiempo, al definitivo trance de 1936: un nuevo horizonte revolucionario, radicalizado por el ejemplo bolchevique, de una parte; de otra, el Ejército como garantía del orden antiguo».[2] Repercusión, ciertamente, de lo que estaba sucediendo en Europa, pero efecto, también, de condicionantes internos.

Ascendido a comandante, Franco tuvo que abandonar esta vez Marruecos: no había vacante para él en este escenario. De modo que el 4 de marzo de 1917 hizo entrega del mando de su compañía disponiéndose a incorporarse a su destino en el Regimiento del Príncipe, en la ciudad de Oviedo. Pero los médicos que, en abril, le sometieron en Madrid a un reconocimiento para darle el alta de su herida, le recomendaron todavía otro mes de descanso, que él aprovechó ya para intensificar sus lecturas, una costumbre que se afincaría en el curso de los años. Contrasta la lentitud, casi perezosa, de este viaje de retorno con el de febrero de 1912. Es cierto que

los cinco años transcurridos pudieron cambiar la mentalidad del muchacho ya convertido en hombre. Pero hay algo más: en la ida a Marruecos marchaban con él apresuradas esperanzas; ahora se trataba de retornar a la rutina de una guarnición.

Sin embargo, las noticias que iba conociendo bastaban para la siembra de inquietudes. En el mes de abril de 1917 las primeras planas de los periódicos daban cuenta de las sangrientas batallas que se desarrollaban en Champagne y, en Rusia, de la abdicación del Zar Nicolás II, sustituido por un Gobierno provisional. Había agitación en todas partes, incluso entre los soldados, que pronto iban a conmemorar su tercer año de sometimiento al fango de las trincheras. En España el marqués de Alhucemas, Manuel García Prieto, sustituía el 19 de abril al conde de Romanones al frente de un Gobierno liberal que se caracterizaría por su brevedad. El descontento por la elevación de precios en el consumo –«las subsistencias»– también se extendía. Algunas empresas industriales se beneficiaban de la guerra, pero la población en general, asalariados y rentistas, se quejaban amargamente.

Con mejores ingresos y buenas posibilidades de alcanzar grados superiores en el Ejército, Francisco Franco, que acababa de dar un quiebro a la muerte –al menos así lo creía– se sentía instalado, al fin, en un status social cómodo: la inmensa mayoría de sus compañeros de promoción, con notas más brillantes, había quedado atrás, anclada en el grado de teniente; sólo él ostentaba la estrella de ocho puntas que le acreditaba como Jefe. En mayo de 1917 se incorpora a su puesto, escogiendo como residencia el modesto Hotel París. Aquí trabaría algunas amistades, especialmente la de un estudiante de la Facultad de Derecho, única existente entonces en aquella Universidad, llamado Joaquín Arrarás Iribarren. Sería su primer biógrafo.

2. Algunas personas, destinadas como Franco a desempeñar importantes papeles, coincidieron con él en este Regimiento del Príncipe, como Álvaro Sueiro y Rafael Civentos. Pidieron destino en él sus compañeros de 1912, Franco-Salgado y Camilo Alonso Vega; el segundo contraería matrimonio con una dama asturiana, arraigando de modo tal en esta tierra que muchos olvidaron después su origen gallego. El futuro Generalísimo había llegado a Oviedo acompañado de doble fama, como oficial valiente y experimentado: no podía pasar desapercibido. Pero de nuevo las condiciones físicas inclinaron a los asturianos al empleo del diminutivo: en Oviedo sería «el comandantín», aunque es difícil saber si la causa estaba en la cortedad de la estatura o en los pocos años. Los diminutivos coloquiales asturianos son afectuosos, no despectivos.

Como el nuevo comandante era también conocido por su afición al estudio y a los planteamientos teóricos, se le encomendó la tarea específica de instruir a los oficiales de complemento. Esta responsabilidad le permitía establecer relaciones con algunas familias de la cerrada sociedad ovetense, ampliando su círculo. Ignoramos qué influencia pudo tener en el acontecimiento a que se refiere la segunda de las dos palabras mencionadas en el comienzo de este capítulo. En una romería, durante el verano de 1917, Franco conoció a una colegiala de 17 años, alumna de las Salesas, de nombre María del Carmen Polo y Martínez Valdés. Las relaciones entre ambos, que tardarían seis años en traducirse en matrimonio, han dado origen a especulaciones algunas veces pintorescas. Pero no tenemos datos que permitan suponer que se desarrollaran de otro modo que el absolutamente normal entonces: la familia de

la novia que se retrae al principio –ella demasiado jóven–, que acepta después y que acaba invitando al novio durante el veraneo en La Piniella.[3]

Desde hacía por los menos un año se venía advirtiendo en Asturias una atmósfera inquieta y opresiva. Una primera fase de euforia económica, producida por la guerra en Europa y la demanda extraordinaria de carbón, daba ahora paso a otra de atonía, en la que se acusaban los efectos negativos de la inflación. El ahorro no se había producido en forma correcta, de modo que la producción no alcanzaba a llenar los vacíos de que eran víctimas algunos importantes sectores. Tres años de guerra bastaron para evidenciar las contradicciones internas del capitalismo y poner en peligro todo el esquema social edificado sobre la segunda revolución industrial. Sabemos que muchas de estas cosas eran percibidas por Franco, que llegaba a conclusiones personales.

Por ejemplo, en abril de 1916 se había celebrado en Gijón, la más industrializada de las villas asturianas, un Congreso obrero no exclusivamente socialista. En él un dirigente anarquista que pronto cobraría gran prestigio, llamado Eleuterio Quintanilla, fundador y director de una Escuela laica, sostuvo, con muchos argumentos y alusiones a lo que en Europa se estaba advirtiendo, la necesidad de que todas las fuerzas de los trabajadores se uniesen para una lucha que, sin duda, estaba ya muy próxima. Desde este momento, Asturias aparecería proyectada a posiciones de vanguardia en los movimientos de protesta: durante el invierno de 1916 a 1917 fue escenario de algunas acciones que parecían preludio de una revolución.[4] La «cuestión de las subsistencias» era aludida en todos los discursos.

3. En la crisis de 1917 el Ejército desempeñó, como luego veremos, un papel desencadenante. Sería importante para los historiadores conocer las opiniones de Franco, joven comandante, sobre esta cuestión en aquel año decisivo. A falta de esto tenemos que acercarnos al ambiente que se respiraba en los cuarteles. Cánovas había conseguido cerrar el ciclo de los «pronunciamientos», pero no el de la influencia de los militares sobre la política. En los cuarteles no se dudaba ni por un instante que la culpa del desastre del 98 correspondía a los civiles y en especial a los partidos. Franco dejará constancia sostenida de que tal era su pensamiento. Frente a los «políticos», normalmente corruptos, egoístas y mezquinos, los mandos militares se consideraban a sí mismos como los puros, llamados a indicar el camino recto. Puros, y maltratados: también entre ellos se aludía a la «cuestión de las subsistencias», circunloquio de que se servirían los junteros para aludir a la escasez de los emolumentos.

En 1917 el proyecto de «profesionalización» del Ejército ensayado por Cánovas,[5] se rompió, y los militares volvieron a sentir la tentación de salir de los cuarteles para imponerse en la vida civil. Pero la cuestión se hacía más compleja porque el decenio escaso de lucha en Marruecos había planteado otra clase de división: los «africanos» buscaban en la guerra la confirmación de su dignidad y de la tesis de que no era la preparación militar ni su espíritu combativo la causa de la derrota; los peninsulares, que formaban ya Juntas para defensa de sus intereses, conectaban la dignificación de la carrera militar a un incremento en los sueldos y un ascenso por riguroso turno de antigüedad que impidiese los cortocircuitos de los afortunados. No hay que recordar que Franco estaba con los primeros y no con los segundos, aunque en 1917 no se definió como contrario a las Juntas.

Tampoco estamos autorizados a considerar esta inclinación al intervencionismo militar, en 1917, 1923, 1931 –con el paréntesis de agosto de 1932, que es una secuela, incluso con idéntico protagonista, al del 14 de abril del año anterior– y 1936, como un fenómeno singular español. La Primera Guerra estuvo acompañada y seguida en muchas partes por golpes militares que se presentaban como verdaderas «dictaduras de emergencia». La demanda de una Dictadura era corriente y se conectaba con la propuesta de Costa acerca del «cirujano de hierro»; el título carecía de las significaciones negativas que después se le atribuyeron. Todavía en 1936 los conspiradores para el alzamiento consideraban el establecimiento de una dictadura –naturalmente temporal– como un bien que había que ofrecer al país. Columna vertebral, brazo armado de la Patria, al Ejército correspondía salvarla en ocasiones de peligro.

II. TRASFONDOS DOCTRINALES.

1. La revolución española de 1917, abortada, fue un fenómeno muy complejo que, como puede suponerse, ha atraído poderosamente la atención de los historiadores.[6] Debe ponerse en relación con la neutralidad observada por el Gobierno español en la Primera Guerra, la cual, desde muy distintos sectores de opinión, fue criticada como debilidad manifiesta. No era absolutamente cierto. Pero resulta en todo caso significativo que mientras en las capitales europeas había gestos de entusiasmo al conocerse la beligerancia, en Barcelona se presenció una onda de pánico, como si fuera a producirse una invasión inmediata. En agosto de 1914, al producirse la ruptura de hostilidades, el marqués de Lema, ministro de Estado, fue a despachar con Eduardo Dato, presidente a la sazón del Gobierno, que le hizo un lacónico comentario: «de nuestra actitud no es necesario hablar».[7] Se asumió la neutralidad como algo inevitable: los canales por donde discurrían las grandes decisiones en la Europa de 1914 quedaban fuera del alcance de los españoles, e intervenir como simples lacayos de otros resultaba una verdadera estupidez. Existe, por tanto, notable diferencia entre la neutralidad pasiva de 1914-1918 y la que se plantearía después de 1940 cuando había que maniobrar peligrosamente para evitar los escollos de una presión intervencionista unilateral.

Que la neutralidad fue una buena política, no puede negarse, ni tampoco que el Rey Alfonso XIII alcanzó una hermosa reputación por su conducta personal humanitaria. Sin embargo los políticos de aquella hora se mostraron excesivamente obsesionados por esa conciencia de pasividad. «Somos neutrales porque no podemos ser otra cosa» dijo Cambó; y Unamuno añadió que se trataba de una «vergüenza inevitable».[8] Aunque los rendimientos de algunas industrias y de los fletes marítimos subieron, el volumen de importaciones y exportaciones experimentó una caída vertical.[9]

Por otra parte, la neutralidad no significó indiferencia de los españoles en relación con la contienda: aliadófilos y germanófilos organizaron frenéticas campañas en las mesas de los cafés. También, en términos generales, puede decirse que los conservadores simpatizaban con Alemania y sus aliados –las potencias «centrales»–, apreciando en aquéllos autoridad y disciplina que juzgaban deseables. Por semejante razón, la incipiente izquierda española se situó en favor de la Entente, aceptando

los argumentos de la propaganda que la presentaba ya como defensora de los principios democráticos. La posición geográfica colocaba a la Península en un ámbito que la rodeaba absolutamente por los aliados y dentro del área de la libra, de modo que sus opciones también estaban reducidas y amparadas por esta causa. En 1939 Franco creyó que la situación iba a repetirse.[10]

Alfonso XIII puede considerarse como uno de los pocos españoles que permanecieron íntimamente neutrales: tenía que conservar el equilibrio entre su esposa británica, Victoria Eugenia, y su madre austríaca, María Cristina de Habsburgo. Tomó ocasión de la guerra para un noble comportamiento personal, en auxilio de las víctimas, ayuda a heridos, intercambio de prisioneros y protección a los judíos que estuvieron a punto de ser expulsados de Palestina por las autoridades turcas. Tuvo la agradecida consideración de ambos bandos, pero no parece que esto aumentara la estima de grupos políticos, irritados precisamente por la neutralidad.

Madrid se convirtió, por estos años, en nido de espías: baste recordar, para nuestro estudio, que aquí veló sus armas el que sería más tarde jefe de la Abwehr y amigo de España en circunstancias difíciles, Wilhelm Canaris, cinco años mayor que Franco. La guerra fue fructífera para la minería asturiana, la siderurgia vizcaína, los textiles catalanes y, sobre todo, los fletes de las compañías navieras; se pudo dar salida a mercancía almacenada desde mucho tiempo antes. Todo ello significaba dinero –por primera vez pudo cerrarse el presupuesto español de los años 1916 y 1917 con superávit– pero ninguna mejora en la competitividad: la calidad resulta indiferente en épocas de penuria en los mercados mundiales. Es cierto que había que soportar también riesgos muy graves –España perdió 300.000 toneladas de barcos a causa de los torpedos alemanes– pero las ganancias los compensaban. Más de seis millones de toneladas de carbón, el doble de la producción de 1930, fueron extraídos de minas que, en circunstancias normales, ni siquiera se habrían explotado. Jornadas extraordinarias bien pagadas permitieron a ciertos obreros acceder a lujos hasta entonces desconocidos. No hubo suficiente conciencia de que era transitorio, ni se produjo ahorro para la inversión.

La euforia de ciertos sectores reducidos contrastaba con ese generalizado malestar, a que hemos aludido, consecuencia de la elevación de los precios. Pesaba una amenaza: cuando, por disminución de la demanda exterior –los suministros norteamericanos impondrían un cambio precisamente en 1917–, se redujesen las horas extraordinarias, muchos obreros, devueltos a condiciones anteriores, que no eran nada buenas, se sentirían defraudados por los empresarios, como si a éstos sólo correspondiera la culpa. Los funcionarios civiles y militares, sometidos a sueldos que variaban muy lentamente, ni siquiera conocieron la euforia de los «años buenos».

2. Catolicismo y laicismo estaban comenzando por entonces su batalla: al principio se trataba sólo de roces entre intelectuales, sin gran penetración en los sectores de opinión, pero poco a poco las posturas de aquéllos, a menudo muy mal entendidas, penetraron en el tejido social; desde 1917 comenzarían a poner en tela de juicio incluso el sistema institucional. Gran parte del laicismo español proviene de la influencia francesa, pero el krausismo había dejado una herencia práctica anticlerical que aspiraba a suprimir la enseñanza religiosa en las escuelas y a secularizar la sociedad. La Institución Libre de Enseñanza concretó estas aspiraciones en forma

práctica mediante la influencia sobre el Gobierno y la fundación de organismos destinados a ser modelo de otros: la Junta de Ampliación de Estudios, la Escuela Superior del Magisterio, el Instituto-Escuela y la Residencia de Estudiantes, fundada el 6 de mayo de 1910 en un local del número 14 de la calle Fortuny. Su primer director fue Alberto Jiménez Frau.

En 1916 un decreto firmado por el Papa San Pío X a propuesta de la Sagrada Congregación para los Estudios señaló los 24 puntos de la doctrina tomista que la Iglesia reconocía como fundamentales. Se recogía de este modo con carácter obligatorio el resultado de la elaboración del neotomismo: en España trabajaron entonces tres grandes comentaristas y adaptadores, el P. Alonso Getino, Santiago Ramírez y Ángel Amor Ruibal, el más original de todos. En la misma generación –que alcanza hasta la Guerra Civil y más allá (Getino muere en 1946, Ramírez en 1967)– aparece don Juan Zaragüeta (1883-1974), alumno del cardenal Mercier, cuya obra se caracteriza por su profundidad. Pero el pensamiento católico no alcanzaba en los medios de comunicación, la fama y el elogio que suscitaban los pensadores laicos.

Por la Residencia de Estudiantes, trasladada luego a la calle Pinar, pasaron, entre otros, Eugenio d'Ors, José Ortega y Gasset, Juan Ramón Jiménez, y Salvador Dalí, Federico García Lorca, Rafael Alberti, Ramón Pérez de Ayala, Gregorio Marañón y Manuel García Morente, cuya conversión, al filo de la guerra, resultaría muy significativa. El «espíritu» de la Residencia, fuertemente combatido en los primeros años del Régimen de Franco, apareció en el manifiesto del 17 de febrero de 1912 que solicitaba la supresión del catecismo en la enseñanza y la derivación de ésta al laicismo. Firmaban en el mismo, entre otros, Santiago Ramón y Cajal, Ortega y Gasset, Giner de los Ríos, García Morente, Cossío y Julián Besteiro. Era una demostración de cómo el «espíritu» estaba penetrando en el nuevo socialismo.

Miguel de Unamuno, lo mismo que Maeztu, se había dejado influir por el existencialismo de Kierkegaard y por el pesimismo radical de Nietzsche; pero desde esta postura inicial evolucionaron, el primero hacia un individualismo radical y el segundo hacia el catolicismo. En ambos el componente religioso resultaba imprescindible. Unamuno perteneció al PSOE dos años; lo abandonó en 1897 porque le parecía una «enorme barbaridad que para ser socialista haya que abrazar el materialismo»: su drama íntimo consistía en un enfrentamiento entre su yo –enfrentado a la muerte– y lo absoluto. Su preocupación religiosa le llevaría a una posición singular, a menudo contradictoria. Los eclesiásticos que dominaron en sus orígenes el régimen de Franco, le consideraron como un hereje. Otro de los dramas de la España de 1936: adherido al Alzamiento, Unamuno sufriría vejámenes y amenazas, que no cambiaron su opinión; tuvo además un entierro falangista.

3. En la fase obrera de la revolución de 1917 apareció, como figura muy destacada, Julián Besteiro: a través de él surgía el puente entre la intelectualidad de la Residencia, a la que Unamuno manifestó siempre gran afecto, y el Partido socialista. En el décimo Congreso de esta organización se había detectado la presencia de un grupo de intelectuales, entre ellos Manuel Núñez de Arena, Luis Araquistáin, Ramón Carande Tovar y Fernando de los Ríos. Besteiro y Fernando de los Ríos, este último desde la Embajada en París y el primero desde su retiro en Madrid, fueron, por la calidad moral de su conducta, los enemigos más serios con que Franco hubo de con-

tar durante la transición de la guerra a la paz. Ambos pertenecieron a la Institución Libre de Enseñanza, a la que el Generalísimo y su Régimen mostraron tanta animadversión como a la Masonería.

Besteiro (1870-1940) reconoce haber recibido la mayor influencia intelectual de Giner de los Ríos; siguiendo los consejos de éste se formó en Alemania. Regresó a España en 1911 e ingresó en el Partido Socialista en 1912, el mismo año en que presentaba su tesis doctoral sobre *El voluntarismo y el intelectualismo en la filosofía contemporánea*; en ella explicaba cómo la metodología marxista le parecía complemento indispensable para el idealismo. Su socialismo, firme y sin vacilaciones, no era rígido y visceral, como el de Pablo Iglesias, sino abierto a las conveniencias coyunturales. La Guerra Civil, que sobrevino cuando su influencia se hallaba en declive, le pareció un despropósito. Así lo explicó.

Fernando de los Ríos (1879-1949) tenía muchos puntos de contacto con Besteiro: la procedencia de la Institución, el influjo de Francisco Giner, la formación alemana y la claridad expositiva. Uno y otros serían desbordados por la línea revolucionaria de Largo Caballero. Ríos explicaba la Historia de España en una forma asumida posteriormente, con menos claridad, por socialistas de la segunda mitad del siglo XX: la fecha negativa era, para él, 1492 en que, como consecuencia de la unidad católica, la intelectualidad española quedó subyugada por un poder eclesiástico, mostrándose incapaz de producir nada valioso. La admiración hacia Alemania, compartida por quienes estudiaban en este país, le llevaba a considerar al protestantismo como liberador. En 1898 todo el conformismo español con unas líneas de pensamiento había saltado en pedazos: pero mientras que la «generación del 98» en sus dos ramas, aparecía como meramente crítica y aun negativa, Francisco Giner de los Ríos y la Institución se habían mostrado verdaderamente creadores. En 1919, convencido de que la reforma no podía triunfar sin revolución, se adhirió al socialismo.[11]

III. LOS MECANISMOS DE LA REVUELTA.

1. Muy complejas eran las circunstancias que envolvían a España en aquel invierno de 1916 a 1917: los movimientos de izquierda se aferraron sobre todo al encarecimiento de los artículos de consumo.[12] Se repitió y amplió en el Congreso general de la UGT celebrado en mayo de 1916, reticente por cierto hacia los intelectuales socialistas, y acabó convirtiéndose en tópico de los mítines políticos y hasta de los libretos de las zarzuelas. Los socialistas solían establecer una relación entre este asunto y «la criminal guerra de Marruecos».[13] La alusión peyorativa a la empresa que consumía su sangre y su esfuerzo, hería los sentimientos de Franco y los militares de su generación: la «africaneidad», si se permite este horrendo neologismo, fue buen caldo de cultivo para el antisocialismo. Los grandes hombres de la política, no obstante el predominio de honestidad y buenas intenciones, parecían incapaces de resolver la situación.

En sus escritos y discursos posteriores, Franco dejó constancia de que en su mente se estaba formando la idea de que los partidos políticos eran el factor determinante del desequilibrio en que había llegado a sumirse el país. No era sólo esto. También descubría –al menos esto afirmó muchos años más tarde, y no hay motivos

para suponer que no hubiera un fondo de verdad– que se estaba siguiendo una política económica equivocada, aquella misma que la Dictadura pretendería resolver. Veamos este importante texto, memorándum para uno de sus biógrafos:

> «La obsesión de la Hacienda hacía que España no se apercibiese de que se estaba quedando atrás en todo. La pérdida de nuestros territorios ultramarinos, como consecuencia de una guerra injusta, nos sumió en el fenómeno nacional negativo ante las aspiraciones territoriales nacionales a que Europa caminaba, reflejada en aquella frase fatídica de echar cinco llaves al sepulcro del Cid. Negación ante la necesidad imperiosa de las inversiones necesarias, dirigidas a impulsar la evolución industrial, agrícola y ganadera.
>
> Mantener a la nación con un presupuesto raquítico e indotado en todos los órdenes, sin potencia creadora ni el menor concepto de la Economía. La aspiración óptima era el presupuesto modulado. No importaba el nivel mísero de muchos sectores del país. Los recursos que la nación poseía no eran utilizados ni para fomentar su desarrollo económico ni para lograr una favorable balanza de pagos por la importación de equipos productores, ni tampoco para, logrado esto, respaldar la moneda, estabilizándola.
>
> Yo creía en España y en las posibilidades de su futuro. Lo que no se lo permitía era su estatus-quo político, los cauces de un sistema bajo cuyo signo tuvo lugar el total derrumbamiento de nuestro imperio».

2. Las revueltas de 1917 se ajustaron, en su desarrollo, al modelo más clásico: comenzaron siendo protesta de un estamento militar que se consideraba privilegiado; se contagió ésta a sectores políticos; desembocaron finalmente en acciones violentas en la calle, las cuales generaron una represión que concluyó con ellas. La singularidad, en todo caso, consistió en que cada fase pudo desarrollarse aisladamente, sin que se produjera colaboración entre los tres sectores interesados, militar, parlamentario y obrero. Al final puede decirse que la verdadera víctima fue la Corona, como cúspide de un sistema que todos repudiaban, sin que se produjera el necesario movimiento de adhesión capaz de reforzarla en su papel de árbitro. Por eso no cabe duda de que 1917 selló definitivamente el destino de la Restauración. En el mitin de la plaza de Toros de Madrid, el 27 de mayo de 1917, Unamuno y Melquíades Álvarez, al protestar de una neutralidad que impedía tomar parte en la lucha por la democracia, aludieron a la posibilidad de colocarse contra el Rey.

Comencemos por las Juntas. Nunca faltaron jefes y oficiales que solicitasen destino en África; algunos incluso recurrían a influencias para conseguirlo. De este modo, el Ministerio de la Guerra nunca tuvo que recurrir a envíos forzosos ni a turnos que hubiesen repartido equitativamente honores y cargas. Se creó, en consecuencia, un problema muy serio: los «africanos» propendían a considerarse a sí mismos como activos y valerosos, contemplando a los demás como si fuesen comodones y rutinarios. Se estaba creando, en opinión de los «peninsulares», una especie de privilegiado escalón artificial: camaradas que salieran de la misma promoción estaban colocándose dos y hasta tres grados por encima de lo correspondiente a su edad. Con esto se sentían perjudicados: se copaban los ascensos por quienes alegaban méritos de guerra.

Los Cuerpos especiales, así como las Armas de Artillería e Ingenieros, poseían Juntas profesionales muy influyentes a causa de la superioridad de sus estudios. Ellas tomaron el acuerdo que hemos mencionado de renunciar a los ascensos por méritos de guerra: los afectados cambiarían tal ascenso por la Cruz de María Cristina –económicamente no sufrían ningún perjuicio– y mantendrían la cohesión interior. Este acuerdo, que implicaba una censura para quienes como Franco estaban saltando grados a velocidad desacostumbrada, era relativamente fácil de cumplir por artilleros e ingenieros, pues no había ocasiones de manifestar el valor con iniciativa personal, pero en cambio no se extendió a Infantería y Caballería.

En 1916 se constituyó en Barcelona la primera Junta de Defensa, compuesta por oficiales y jefes y presidida por el coronel Benito Márquez: se trataba evidentemente de «defender los derechos de sus miembros» en la cuestión de los ascensos. Conocemos en este punto el pensamiento de Franco, que no mostró la menor simpatía por los junteros. En Marruecos se estaba jugando la única verdadera posibilidad de que España llegara a contar con un Ejército eficiente; para ello resultaba imprescindible esa selección pragmática que se hacía de sus mandos. Bajo el fuego enemigo y propugnando la iniciativa valerosa se podían constituir los cuadros; la antigüedad de poco o nada servía. En cuanto a los Cuerpos especiales y Armas técnicas nada dijo nunca. En su breve paso por el Ministerio de la Guerra, el general Echagüe había sembrado la alarma con un proyecto de someter periódicamente a examen a los jefes antes de decidir su continuación o ascenso. Las Juntas fueron, por esta causa, apoyadas por casi todos los coroneles.

El capitán general de Cataluña, Alfau, admitió en principio el diálogo con la Junta. A imitación de ésta se constituyeron en todas las guarniciones importantes otras semejantes.[14] Romanones, que dimitió el 19 de abril de 1917, explicaría más tarde que había tenido que hacerlo porque Alfonso XIII negó su apoyo contra los junteros. Esta afirmación, que se contradice con el relato del propio Benito Márquez, no puede considerarse como indudable. García Prieto le sustituyó, decidido a enfrentarse con el curioso sindicato profesional de coroneles que rompía la disciplina militar en clara desobediencia a sus superiores: siguiendo las órdenes de Aguilera, nuevo ministro de la Guerra, Alfau declaró disuelta la Junta (26 de mayo) enviando a Montjuich, bajo arresto, a Benito Márquez y sus principales colaboradores. El 1 de junio, en nombre de todos los junteros, el coronel Echevarría presentó un ultimátum en que, tras exponer «respetuosamente, por última vez, su deseo de permanecer en la disciplina», concedía al Gobierno un plazo, hasta las tres de la tarde del día siguiente, para liberar a los detenidos.

Alfau fue sustituido en la Capitanía General por Marina, que recomendó que se aceptasen las demandas. Esta vez la intervención de Alfonso XIII, en su calidad de Jefe del Ejército, fue más clara y, en consecuencia, García Prieto tuvo que presentar la dimisión (9 de junio de 1917). De modo que durante sus primeros días de estancia en Oviedo, Francisco Franco se vio envuelto en un vendaval de rumores: el nuevo método de pronunciamiento militar estaba en marcha y había triunfado. Benito Márquez, a quien sus biógrafos retratan como un «ambicioso, intrigante y pomposo retórico», regresó a su puesto de mando en medio de aclamaciones e hizo objeto al Soberano de lo que, sin paliativos, debe considerarse como injuria pública. «No es él quien nos pone en libertad; somos nosotros. Que dé gracias a Dios de que le permitamos seguir en Madrid».

Eduardo Dato, encargado de formar nuevo Gobierno, buscó una solución ecléctica al conflicto: legalizar las Juntas de Defensa pero convirtiéndolas en órgano de asesoramiento y consulta del Ministerio de la Guerra (decreto de 12 de junio de 1917). De este modo tendrían que entrar en ellas oficiales y jefes de muy distinto talante al de los primeros colaboradores de Benito Márquez, neutralizando el extremismo inicial.

3. Era evidente que el Rey y su Gobierno habían cedido a las presiones del estamento militar, obediente a las Juntas y no a sus superiores jerárquicos inmediatos. Se había revelado la debilidad que aquejaba a las estructuras de poder en la Monarquía. Muchos se preguntaron, y se preguntan aún, por las causas: el intento parlamentario constituyente, de que nos ocupamos a continuación, y los anuncios de huelga que se detectaban, aconsejaron al Monarca y a sus colaboradores a buscar un acercamiento al Ejército, pagando el precio que los coroneles reclamaban. Dato necesitaba de él como fuerza represiva, y operó en consecuencia; afortunadamente para sus proyectos, Benito Márquez reveló, en muy corto plazo, su incapacidad. Quiso debutar en política mediante un manifiesto en que reclamaba la formación de un Gobierno provisional –se permitía incluso el lujo de sugerir ciertos nombres– y la convocatoria de una Asamblea constituyente. Fracasó rotundamente.[15]

Andrés Saborit, que formaría parte del comité de huelga general, comentó algún tiempo más tarde la desigualdad que supuso el que a los obreros no se aplicasen medidas de clemencia como las que beneficiaban a los militares. A esto podía replicar Dato que, pese a las intemperancias y excentricidades de Benito Márquez, no se había producido por parte de las Juntas de Defensa ningún acto de violencia ni de rebeldía, mientras que en los huelguistas se castigaban delitos ordinarios cometidos en ocasión de la huelga. Cediendo, el Gobierno obtuvo en esta ocasión no pocas ventajas. Su pragmatismo –y hemos de recurrir de nuevo al testimonio de Saborit– fue paralelo al de Cambó.

De hecho el peligro de pronunciamiento quedó disipado. El 15 de junio de 1917 la Junta Superior, en nombre de todas las demás, hizo una declaración enfática negando que tuviesen los militares intención de mezclarse en cuestiones políticas. Cuando los organizadores de la Asamblea parlamentaria tomaron contacto con los junteros, hallaron la más absoluta repulsa. Asustaba a los coroneles la posibilidad de que se formasen comisiones revolucionarias entre los suboficiales y clases de tropa. Aunque no sintiesen el menor afecto por Dato y su partido estaban obligados a apoyarle.

4. Todos los historiadores están de acuerdo en admitir, como ya hiciera el conde de Romanones, que en 1917, al destruirse las posibilidades de un Gobierno estable, primero liberal, luego conservador, llegó a su término final el procedimiento del «turno». El ensayo siguiente, iniciativa del Monarca o aceptado por él, sería ya de gobiernos «de concentración». Pero antes de la crisis, en discursos o artículos de prensa, se habían producido continuas referencias a la necesidad de modificar o sustituir la Constitución. No era, pues, únicamente el turno sino el sistema mismo de la Restauración el que fallaba. La opinión pública daba señales de cansancio: la palabra cambio empezaba a cobrar atractivo. Francisco Cambó, jefe de la Lliga y uno de los políticos catalanes más clarividentes, fue muy explícito: «hay dos maneras de

provocar la anarquía, una pedir lo imposible, otra retrasar lo inevitable». Inevitable, en este caso, significaba el cambio en el ordenamiento constitucional. Sin embargo era Cambó quien se había opuesto, con éxito, en 1916, a la propuesta de Santiago Alba de establecer impuestos extraordinarios sobre los beneficios de guerra a fin de compensar el sector agrario, más deprimido.

Sabino Arana había hecho una prolongada estancia en Barcelona, buscando inspiración para algunos aspectos de su propio movimiento. A su vez, Cambó viajó por el norte de España en una especie de toma de contacto con las zonas en donde más fuerte era el sentimiento regional. Pretendía, en definitiva, modificar el centralismo liberal, de aspectos excesivos, por una descentralización autonomista, como la industria catalana reclamaba. En el fondo, según comentamos con anterioridad, uno y otro abrigaban sentimientos muy conservadores, anteponiendo esta convicción a otros considerandos. Cambó prestaría su colaboración al bando militar durante la Guerra Civil de 1936.

Suspendidas las sesiones parlamentarias e instaurada la censura de prensa a causa de la guerra europea, las garantías constitucionales se encontraban muy aminoradas. La opinión pública subrayaba, con más énfasis que nunca, la falsedad de los turnos. Maura y Cambó, figuras que atraían por la vivacidad de sus propuestas, reclamaban que se permitiera a las fuerzas «vivas» de la nación manifestarse y acceder al poder. Los bloques liberal y conservador se fraccionaban. Maura no ocultaba su oposición a Dato. Un grupo escindido del partido liberal dirigido por Melquíades Álvarez, presentándose como «reformista» abrigaba la esperanza de alcanzar un acuerdo con socialistas y republicanos de izquierda.

El 1 de junio de 1917, en sincronismo con el manifiesto de los junteros, Cambó pidió a Dato que reabriera las Cortes; en caso de una negativa le anunciaba que los parlamentarios estaban decididos a reunirse por su cuenta. La coincidencia de los diversos grupos, reformistas, regionalistas, socialistas, republicanos, etc., era muy frágil. En el caso de la Lliga sus referencias a una España grande y «real» implicaban el reconocimiento de autonomías regionales como en el manifiesto de Prat de la Riba del 15 de junio de este año se mencionaban. Los socialistas y republicanos de izquierda iban más lejos: provocar, mediante huelga general la caída de Alfonso XIII, formándose un Gobierno provisional que convocase Cortes constituyentes. Un programa que se ejecutaría catorce años después. CNT y UGT parecían estar de acuerdo en la huelga general y en su carácter revolucionario, pero los cenetistas querían sustituir el Ejército por milicias populares e implantar un sindicalismo totalitario. Otro programa que se haría práctico el 20 de julio de 1936.

El 5 de julio de 1917, no habiéndose registrado intención alguna por parte del Gobierno para reanudar las sesiones de Cortes, don Ramón de Abadal i Viñals, senador por Cataluña, reunió a los diputados catalanes en un salón del Ayuntamiento de Barcelona para deliberar sobre los medios que debían ser empleados para superar el impasse que significaba la suspensión indefinida de las Cortes. Como se abstuvieron de concurrir los senadores y diputados que se consideraban estrictamente fieles a la Monarquía, la reunión significó un mal augurio para la Corona, que estaba siendo objeto de debate. El resultado de la primera reunión de Barcelona, además del propósito de celebrar una segunda en el mismo lugar, pero invitando a los parlamentarios de toda España, fue un manifiesto. Se solicitaba la inmediata convocato-

ria de elecciones para Cortes dotadas de poder constituyente, a fin de que pudieran proceder a la reforma de la estructura del Estado, «basándola en un régimen de autonomía».[16]

Era la primera vez que, desde sectores distintos del de los republicanos federales, se solicitaba una modificación sustancial en la estructura del reino, cambiando de hecho el modelo creado por Felipe V. Antonio Maura que, como sabemos, había defendido proyectos descentralizadores, negó su colaboración por fidelidad a la dinastía y arrastró a una amplia mayoría. La reunión del 19 de julio, iniciada en el Círculo de Bellas Artes y concluida en el restaurante Casino, estuvo compuesta por 13 senadores y 55 diputados. Alfonso XIII, que tenía motivos para suponer que tras la maniobra hubiese intrigas extranjeras[17] orientadas a convertir a España en país beligerante a favor de los aliados, trató de llegar a un acuerdo con Cambó para la formación de un gobierno que podía ser de salvación. Los dirigentes de la Lliga estaban probablemente inclinados a aceptar la sugerencia, porque veían crecer la marea revolucionaria que les afectaba en cuanto burgueses, pero los conservadores se mostraron llenos de prejuicios, en especial respecto a la «personalidad de Cataluña». En muchos periódicos de Madrid se desató una dura campaña contra los intereses catalanes. Para juzgar su tono basta traer aquí una frase de un artículo de Julio Camba en *ABC*: «no concebimos que pueda decirse nada espiritual con acento catalán, nada amable ni nada galante».[18]

5. De todas formas no se produjo, como los asambleístas deseaban, una conexión entre las reuniones de Barcelona y los demás parlamentarios españoles, ni tampoco el salto que reclamaba Melquíades Álvarez desde la «soberanía nacional» propuesta por Cánovas, a la «soberanía popular». Fue suficiente el gesto del gobernador civil, que puso su mano en el hombro del presidente de la Asamblea, para que ésta se disolviera. Los parlamentarios calificaron este gesto de «violencia», aplicando mucho énfasis a lo que era sólo palabra. El Ejército, al que correspondía en España el monopolio de los pronunciamientos, había decidido no pronunciarse: los diputados demoraron toda decisión a una nueva Asamblea a celebrar en octubre y en Madrid, y no hubo más. Melquíades Álvarez no pudo establecer relación entre esta segunda revuelta y la que se estaba gestando en la calle, la de los obreros.

Antes de que pudiera reunirse la Asamblea de Madrid se desencadenó el movimiento de huelga, que desbordó los propósitos de quienes lo habían provocado. Para el Gobierno Dato, como para el Rey, los resultados del mismo pueden considerarse favorables pues permitió apoyar el argumento de que había un verdadero peligro de subversión social, con aspectos siniestros en la agitación. Raymond Carr señala como muy característica de la situación la tendencia de UGT a frenar cualquier violencia, y la de CNT a desatarla. Por una reacción psicológica muy frecuente, las Juntas militares se mostraron especialmente irritadas contra los dirigentes obreros porque habían venido a arrebatarles su protagonismo: en el manifiesto del comité de huelga se justificaba la protesta de los militares, pero presentándola como si estuviese dirigida contra «medio siglo de corrupción», abarcando de golpe todo el período canovista.

Algunos sectores de la oposición, socialista o catalanista, acusaron después a Dato de haber actuado como instigador a la huelga,[19] pero resulta difícil creer en la

realidad de tales maquiavelismos. Las conexiones con los sucesos del exterior, alimentaron abundantes suspicacias.[20]

Desde 1916 muchos dirigentes socialistas, confortados por el apoyo que podía ofrecer la CNT, sindicato que agrupaba a la mayor parte de los trabajadores, especulaban con la posibilidad de desencadenar una huelga «política», es decir, para el cambio de las estructuras institucionales: dos reivindicaciones permitían contactar con los republicanos reformistas y con los regionalistas catalanes, a saber, la formación de un Gobierno provisional y la convocatoria de Cortes constituyentes. Sobre esta base hubo un principio de acuerdo en junio de 1917. Pablo Iglesias desaconsejó la huelga «política» que muy difícilmente podía servir los intereses del socialismo. A pesar de esto, y de algunos esfuerzos que se hicieron para evitarla, la huelga estalló.

6. La agitación que se venía gestando desde la primavera del año anterior hizo crisis cuando, en Valencia, la Compañía del ferrocarril del Norte rompió las prolongadas negociaciones que se venían sosteniendo para la revisión de los salarios y despidió a 35 obreros que se habían distinguido como dirigentes principales. Desde el 10 de agosto de 1917 el paro se endureció, extendiéndose a otros sectores. Un comité de huelga en que entraban Andrés Saborit, Daniel Anguiano, Francisco Largo Caballero y Julián Besteiro, comprobando los contagios que se producían, decidió convocar la huelga general a partir del 13 de agosto. Besteiro se mostraba el más sistemático entre los socialistas: hablaba de otorgar a los sindicatos poder para aceptar o rechazar la futura Constitución y de sustituir al Ejército regular por milicias populares. Curiosamente, en los manifiestos que se elaboraron en el Congreso socialista figuraba también una demanda para que se suprimiesen las corridas de toros y los demás espectáculos crueles.[21]

España se enfrentaba, por primera vez, con una huelga revolucionaria en la que las reivindicaciones salariales y la solidaridad con los obreros despedidos pasaron enseguida a segundo término. Tres meses antes de que se produjera el gran colapso leninista en Rusia, el socialismo español se presentaba a sí mismo como instrumento revolucionario para la modificación de la estructura del Estado. Aunque el comité de huelga insistió en la necesidad de evitar cualquier clase de violencia, esta pretensión resultaba inviable: se trataba de provocar la paralización y el caos en toda España, dejando a las ciudades sin pan, ni luz eléctrica, ni gas, carbón u otros combustibles, y de paralizar las comunicaciones. La huelga, que tuvo como escenarios Barcelona, Madrid, Bilbao y las cuencas hulleras de Asturias y León produjo un total de 71 muertos; de ellos 37 en Barcelona.

El movimiento tuvo repercusiones muy diferentes, según los escenarios en que se manifestó: muy duro, general y breve en Cataluña (13 a 18 de agosto de 1917); mucho más largo, confuso e inconexo en Asturias. Cuando la huelga terminó con éxito para el Gobierno, sin concesiones, cada uno de los dos bandos enfrentados ofreció su versión del asunto, abultando cuantas noticias resultaban desfavorables al enemigo y ocultando cuidadosamente lo que podía perjudicarle: los historiadores, si tratan sinceramente de explicar los hechos sin tomar partido, deben mostrarse muy cuidadosos, para no verse atrapados por la propaganda. Las Juntas de Defensa se colocaron al lado del Gobierno. Declarado el estado de guerra, el Ejército asumió

el control de la situación. Pero luego los coroneles pasaron la cuenta: una especie de segundo ultimátum de Benito Márquez (25 de octubre de 1917) obligó a Dato a dimitir dando paso al ministerio de García Prieto, que trataba de satisfacer a junteros, asambleístas y catalanes y que organizó las elecciones «sinceras» de 1918. Pero al final, y tras la aparatosa alarma, se había cumplido, como tantas veces, la paradoja política que Tomasi di Lampedusa, en *Il Gattopardo*, ha sintetizado con una frase certera: «se vogliamo che tutto rimanga come è, bisogna che tutto cambi». Todo había cambiado para seguir estando como antes.

IV. EL COMANDANTE FRANCO Y LA REVOLUCIÓN.

1. Esta larga exposición resulta necesaria por varias razones. La huelga de 1917 es, hasta en sus protagonistas, precedente de los acontecimientos del 34 y del 36 que tanto afectaron a la vida y la obra de Franco. Es, además, la primera convulsión social que éste hubo de contemplar de cerca. Se ha pretendido, gratuitamente, atribuirle una participación en las supuestas represalias para el sometimiento de la huelga. No es ocioso recordar que esta última noticia aparece tan sólo en libros escritos después de 1936: los contemporáneos de los sucesos ni siquiera parecen haberse percatado de que en 1917 había, en Oviedo, un comandante de Infantería llamado Francisco Franco. En cambio él, también mucho tiempo después, hizo alusiones a esta experiencia que resultan importantes.

Veamos cómo fueron las cosas en Asturias. También aquí los preparativos para una huelga general databan de mucho tiempo y el comité encargado de organizarla estaba presidido por el reformista Melquíades Álvarez, nacido en Gijón en 1864, cuya intervención en la Asamblea de parlamentarios de Barcelona ya hemos indicado. Dos eficientes líderes obreros, Manuel Llaneza Zapico,[22] jefe del Sindicato minero, y Teodomiro Menéndez,[23] de la UGT, proporcionaron los elementos necesarios. Llaneza utilizó el domicilio de Melquíades Álvarez como cuartel general durante la huelga.

El 13 de agosto de 1917, obedeciendo ordenes de Dato, el gobernador civil de Oviedo, Dupuy de Lome, resignó sus poderes en el general Ricardo Burguete, primera autoridad militar de Asturias, que hizo proclamar el estado de guerra al día siguiente. Burguete era un curioso modelo de grandilocuencia, que había empleado sus ocios en estudiar sobre el terreno, y con textos de crónicas, la batalla de Covadonga; parecía muy convencido de que las órdenes tonantes eran buena medicina para aplacar los nervios. No es necesario que creamos que el general estuviera dispuesto a recurrir a medidas tan violentas como eran sus palabras. Burguete intentaba tan sólo inducir a temor a los huelguistas, a quienes acusaba de ser víctimas de «elementos perturbadores y asalariados por agentes del exterior que intentan, para sus fines particulares, llevar a España a la guerra», amenazando con terribles castigos. Reclamó la entrega de Llaneza a quien consideraba dirigente principal y dispuso el envío de columnas compuestas por soldados y guardias civiles para que, patrullando por la cuenca minera, inspirasen a todos saludable temor.

Una de las columnas, compuesta por una compañía de soldados y algunos guardias civiles que se agregaron, hasta sumar 150 hombres, estuvo mandada por el comandante Franco. Comprobamos, a través de la hoja de servicios, estos detalles así

como las fechas. Salió de Oviedo el 16 de agosto y subió, en marcha muy lenta, hasta los Fayos de los Lobos. Desde aquel lugar –recordaría mucho tiempo después– «mandé algunos hombres que bajaran al valle, a informarse de lo que allí ocurría y allí no ocurría nada». Telegrafió al mando para dar cuenta de la falta de novedades. Pero, mientras tanto, el general Burguete, arrastrado por su retórica e influido acaso por los textos de una crónica musulmana que definía a los seguidores de Pelayo como animales salvajes en los montes, publicó el famoso manifiesto acerca de «la rebeldía en la zona minera, donde se han refugiado alimañas, no hombres, a los que me propongo castigar con toda dureza». La columna del comandante Franco estaba de regreso en Oviedo el 29 de agosto, antes de que estallara la violencia y sin que se hubiera producido el menor incidente.[24] Eso es todo cuanto puede decirse del episodio.

2. Cuando todo parecía bajo control, los empresarios mineros, irritados por las considerables pérdidas que les acarreaba el conflicto, comenzaron a despedir a aquellos obreros que consideraban responsables de las huelgas. Estalló la violencia y mientras Burguete procedía a ocupar la Fábrica de Mieres, donde instalaba su puesto de mando, González Peña se echaba al monte tiroteando a las fuerzas de orden público. Se produjeron algunos muertos. El general exigía de sus subordinados que actuaran con más energía y criticó duramente a los mandos del Regimiento del Príncipe –el de Franco– porque no le secundaban con la debida diligencia. Lo que viene a coincidir, al menos en parte, con el recuerdo posterior que de este episodio de su vida, tenía el Generalísimo.

La huelga de 1917 dejó en Asturias una secuela de odios que ya no se superaron y también un empobrecimiento: hasta finales de 1918 no se había conseguido que las minas produjesen lo que se consideraba normal. Para entonces las demandas de los beligerantes habían cesado, a causa del armisticio, como se notaba también la caída de las exportaciones en otros sectores. Políticos y periodistas de la izquierda trazaron un siniestro cuadro de torturas y ejecuciones que en la práctica no llegó a existir. Por su parte los de la derecha destacaron con negros trazos las crueldades de los revolucionarios, callando todo lo demás. De este modo, multiplicando uno y otro bando las acusaciones recíprocas y atizando con ellas los motivos de enemistad, se creó una atmósfera muy espesa de la que nació una leyenda acerca de Asturias, peligrosa, violenta y roja, muy diferente de como era en realidad. Esta leyenda tuvo un gran peso en los acontecimientos de 1934 y 1936.

Sin embargo resulta en extremo significativo que en las elecciones «sinceras» de 1918 los votos asturianos se volcasen en favor de los candidatos conservadores. Melquíades Álvarez perdió su escaño, aunque habría de recuperarlo pronto.[25]

Un curioso ejercicio mental sería preguntarse por la suerte de los protagonistas de estas horas cruciales. Burguete solicitó más tarde el ingreso en el Partido Socialista, que le fue negado, inscribiéndose entonces en el Comunista, donde militó entre 1936 y 1939. Murió en Valencia poco antes de la conclusión de la guerra y sus honras fúnebres, al modo comunista, contaron con la presencia del más caracterizado jefe de «alimañas», Ramón González Peña. Llaneza murió pocos meses antes del advenimiento de la República. Teodomiro Menéndez, líder también de la revolución de 1934 fue condenado a muerte e indultado. Estuvo en Madrid durante la Guerra

Civil y huyó a Francia. En 1940 las autoridades alemanas de ocupación lo entregaron al Gobierno español. De nuevo los tribunales militares le condenaron a muerte: hubo una movilización de firmas en su favor, entre ellas la de Serrano Suñer, mostrando el comportamiento humanitario que había tenido. Indultado fue puesto en libertad en 1950 y vivió oscuramente en Madrid hasta su muerte en 1978. González Peña, ministro de Justicia con Negrín, murió en Méjico en el exilio en 1952. Por último Melquíades Álvarez fue encarcelado al comienzo de la guerra y asesinado por milicianos del Frente Popular.

3. La pregunta clave, en el contexto de este trabajo, es otra ¿Qué experiencias quedaron en la memoria de Franco de este episodio, tan singular en su vida hasta entonces? Poseemos dos testimonios preciosos, aunque muy tardíos; nos ayudan a comprender que, prescindiendo de cualquier debate acerca de la exactitud del recuerdo, el Generalísimo atribuía, a sus vivencias sociales en esta fecha una gran importancia. Los historiadores no pueden, por otra parte, olvidar la influencia que la conciencia social de Franco tuvo sobre muchas de las decisiones de sus gobiernos.

El primero se encuentra en un discurso que pronunció ante una concentración de mineros el 19 de mayo de 1946: eran los hombres que se le enfrentaran en 1934 y 1936, hijos y a veces nietos de los de 1917. Refiriéndose a este último año les dijo:

> «Yo no conocía la región asturiana... ni había tenido apenas contacto con los sectores del pueblo trabajador. Pero un día del mes de agosto nos dijeron que había una huelga revolucionaria y me ordenaron: hay que ir a las Fallas de los Llobos (sic) ... Y recibí una orden de operaciones para batir a los obreros como alimañas. Éste es el símbolo de la España anterior; una ley de huelgas otorgaba al obrero el derecho de huelga, el derecho a trabajar o no, a parar la empresa o no pararla, a destruir la economía o no. ¡Ah! Pero cuando llegaba el paro se echaba mano de la Guardia civil y tropas contra ellos para batirlos como alimañas».

Y continuó, narrando la experiencia de los Fayos:

> «Allí no ocurría nada; los hombres paseaban, los chicos iban a la escuela; no pasaba absolutamente nada. Y entonces comprendí toda la locura». «En doce días que pasamos en aquellos lugares yo no recibí más que atenciones de los obreros, de los alcaldes socialistas y de toda clase de autoridades y personas». «Entonces pude apercibirme de la conciencia y el espíritu del obrero asturiano».[26]

El segundo testimonio procede de la conversación antes mencionada con el biógrafo y militar inglés, George Hills:[27]

> «Llegué a preguntarme qué era lo que llevaba a las personas (personas decentes y normales) a la huelga y a los actos de violencia, y vi por mí mismo las espantosas condiciones en que los patronos hacían trabajar a los obreros.

Pero al profundizar en mis indagaciones, comencé a darme cuenta de que no existía ninguna solución fácil posible.

Por consiguiente, emprendí la lectura de libros sobre asuntos sociales y sobre teorías políticas y económicas para buscar una solución. Las que presentaban los socialistas sólo podían llevar al caos y a una situación aún peor que la producida por los males que trataban de remediar».

Estos textos, aun siendo posteriores en muchos años a la experiencia de 1917, poseen un gran interés para los historiadores pues en ellos aparecen, atribuyéndolos al contacto con la realidad asturiana, tres ejes esenciales de un pensamiento acerca de problemas sociales: ni una palabra de disculpa para el capitalismo y sí muchas para los obreros; desconfianza radical hacia las fórmulas socialistas como capaces de agravar los males que pretenden corregir; repudio de la huelga como sistema reivindicativo. También confesaba que no había entendido bien las raíces del fenómeno y por eso había tenido que empezar a leer trabajos que se lo explicasen. Probablemente en 1946 y 1950 el ya Jefe de Estado mezclaba esta experiencia original con todas las posteriores, pero no es desdeñable la constatación de que en los datos conservados nunca se produjesen otras opiniones diferentes.[28]

Notas al capítulo 3.

[1] R. de La Cierva, *Historia ilustrada de la guerra civil*, I, p. 57.

[2] C. Seco Serrano, *Alfonso XIII*, p. 131.

[3] Ramón Garriga, *La señora de El Pardo*, Barcelona, 1979, p. 25 y ss., colaborador de Serrano Suñer hasta 1943 y luego enemigo de Franco y su régimen, ha insistido de manera especial en el rechazo familiar, recogiendo datos que no siempre son exactos.

[4] Una cronología detallada de los sucesos de este año nos la proporciona Bernardo Díaz Nosty, *Historia de Asturias*, VIII, Gijón, 1977, p. 164 y ss. Rechaza, desde luego, la leyenda forjada con posterioridad de que Franco tuviera nada que ver con la represión. Al referirse a ésta, sin embargo, utiliza los informes de Andrés Saborit, los cuales, sin duda, tratan de exagerar la dureza de los castigos en defensa de su propia causa.

[5] Miguel Alonso Baquer, *El modelo español de pronunciamiento*, Madrid, 1983, pp. 193-200, recuerda cómo historiadores de muy diversas tendencias han señalado un decaimiento del poder civil como causa del protagonismo militar.

[6] Especialmente importante resulta el analisis de J. Antonio Lacomba, *La crisis española de 1917*, Madrid, 1970.

[7] J. M.ª García Escudero, *op. cit.*, I, p. 473.

[8] J. Tusell, *op. cit.*, p. 98.

[9] Un análisis de los efectos económicos en R. Carr y St. Carr, *La crisis del parlamentarismo*, en *Historia de España y America*, Rialp, XVI-2, Madrid, 1981, pp. 481-483.

[10] Franco, como muchos militares de su generación, consideró esta guerra como paradigma: en 1935, siendo jefe de Estado Mayor, hizo interesantes anotaciones en el libro *La batalla del Somme*, París, 1920, publicado por el Estado Mayor francés.

[11] Elías Díaz, en su introducción al *Sentido humanista del Socialismo*, y Virgilio Zapatero en su propio trabajo sobre *Los Problemas del socialismo democrático*, publicados en 1976 y 1975 respectivamente, han hecho el resumen del pensamiento de Fernando de los Ríos. Éste se hallaba maduro en 1926 cuando publicó la obra citada más arriba y también el texto de su conferencia sobre «El renacimiento intelectual español en 1900».

[12] J. A. Lacomba, *Historia económica*, pp. 235-237, insiste en un punto: no se trataba de un defecto coyuntural sino de la estructura misma de la economía española. De ahí que la entrada de divisas no produjera la adecuada capitalización. El dinero procedía del vaciado de almacenes y de la especulación con materias primas, pero no de incremento y mejora de la producción. La mayor parte de este dinero se despilfarró. Debe advertirse, sin embargo, que Altos Hornos de Sagunto y las primeras empresas eléctricas de importancia proceden de él. Como consecuencia del bloqueo alemán hubo una crisis agraria y los precios de los alimentos subieron. No se habían ajustado los salarios, simplemente se estimulaba a los obreros a que trabajasen más horas cobrando un sobresueldo transitorio. En el Ejército la diferencia entre «africanos» y «peninsulares» consistía en que los primeros cobraban pluses de campaña y ascendían más rápidamente mientras los segundos se inmovilizaban en sueldos mezquinos.

[13] Testimonio directo, aunque tardío, de Andrés Saborit, *La huelga de agosto de 1917*, Méjico, 1967.

[14] En 1923 se publicó en Barcelona un libro del coronel Benito Márquez, *Las Juntas Militares de Defensa*. Tuvo la ayuda de un periodista, Capó. Naturalmente los historiadores se muestran desconfiados ante su alegato.

[15] C. Seco, *Alfonso XIII*, p. 123, es quien mejor explica la conducta de Dato: «sabía que se aproximaba la hora de la verdad; el enfrentamiento con un conato revolucionario de imprevisible envergadura». Supone implícitamente que el Gobierno tenía informes bastante exactos sobre lo que se estaba gestando.

[16] J. A. Lacomba, *La revolución de 1917*, pp. 450-451.

[17] Carlos Seco, *Alfonso XIII*, pp.254-258, publica un curioso e importante documento que procede del Archivo Dato: el informe enviado a España por el Bureau Antimaçonnique Internationale. Según éste, el gobierno francés proporcionaba ayuda a los agitadores porque deseaba que en España se proclamase una República, la cual declararía la guerra a los Imperios centrales. 1917 fue año duro para todos los contendientes, que recurrieron a maniobras muy sorprendentes como la del Estado Mayor alemán, que organizó el viaje de Lenin a San Petersburgo. Los datos contenidos en el informe resultan de difícil comprobación.

[18] R. y St. Carr, *La crisis del parlamentarismo*, p. 493.

[19] J. M.ª García Escudero, *op. cit.*, I, p. 486.

[20] G. Hills, *Monarquía, República, Franquismo*, Madrid, 1980, pp. 26-27, admite la existencia de agitadores pagados por el Ejército alemán que quería paralizar la industria textil que proveía a los aliados. Juan Vázquez de Mella, que debía tener las mismas fuentes de información que Dato, culpaba a los aliados. De cualquier modo se aceptaba como criterio común la existencia de una «conspiración internacional».

[21] R. de La Cierva, *Guerra Civil*, pp. 70-72.

[22] Llaneza, nacido en Langreo en 1879, fue minero a los 11 años de edad en una mina al norte de Palencia. Desde 1902 vivió en Mieres, donde fundó un sindicato minero dentro de la UGT, aunque dotado de cierta autonomía. Al año siguiente de la huelga sería alcalde de Mieres. Figuró entre aquellos socialistas que, con Largo Caballero, colaboraron en la Dictadura de Primo de Rivera.

[23] Nacido en Oviedo también en 1879 estaba afiliado al Partido socialista desde 1900 y era presidente de la sección de ferroviarios de la UGT. Durante la Dictadura sería contrario a la colaboración.

[24] Ni en la hoja de servicios, ni en los periódicos, ni en otra documentación alguna –incluyendo los discursos y referencias de los dirigentes socialistas– aparece mención de este paseo por los montes. Conocemos su existencia por conversaciones del propio Franco, en 1946 y posteriormente, con su biógrafo Hills. Tampoco se recoge en David Ruiz, *Asturias contemporánea*, Madrid 1975 y *El movimiento obrero en Asturias; de la industrialización a la II República*, Oviedo 1968, a pesar de tratarse de un historiador interesado en destacar cuanto pueda ser desfavorable a Franco. Las memorias de Andrés Saborit tampoco mencionan nada. Gil Robles hizo una referencia de pasada.

Prescindamos aquí de cualquier discusión en torno a las represalias a que dio lugar la huelga minera de 1917 que fue seguida de movimientos guerrilleros en que destacaron el socia-

lista Ramón González Peña y el anarquista José María Martínez. Nos alejaría demasiado del tema. Pero no podemos dejar de aludir a la leyenda, forjada con posterioridad y que ha cobrado carta de naturaleza en la historiografía socialista, según la cual «en agosto de este año se le presentó la oportunidad de ascender en su carrera militar, pasando por encima de los cadáveres de obreros huelguistas» (Shlomo Ben Ami, *La revolución desde arriba*, Barcelona, 1980, p.25).

Franco nunca obtuvo ascensos, excepto en Marruecos. Podría decirse que su paso a general de División –desbloqueo de un ascenso al que tenía derecho pero se le había negado por Azaña– puede hallarse en relación con el éxito de la campaña de 1934, y en modo alguno con el de la huelga de 1917.

Justamente al año siguiente, 1918, le fue comunicada la negativa de la Comisión correspondiente a la concesión de la Laureada, por razones que han sido expuestas con anterioridad. De modo que, incurriendo en disparates, podría alguien sostener que dicha negativa fue consecuencia de no haber obedecido con mucha diligencia. Se tiene la impresión, por todo esto, que Franco, en la coyuntura que estudiamos, se limitó a obedecer órdenes pasando desapercibido. El coronel del Regimiento en que estaba Franco fue arrestado por orden de Burguete, acusado de criticar las órdenes tonantes de éste.

[25] B. Díaz Nosty, *op. cit.*, pp. 177-178.

[26] R. de La Cierva, *Franco*, pp. 54-56.

[27] G. Hills, *Franco*, p. 100.

[28] Tengo conciencia de que estas explicaciones contrastan radicalmente con las que proceden de un esfuerzo para hacer de Franco «un agente del capitalismo». Así le considera Luis Ramírez, *op. cit.*, p. 73. Pero este autor no maneja ningún dato fiable, sólo opiniones tergiversadas y noticias de prensa. Por ejemplo dice que la represión en Asturias causó cien muertos, cuando las listas oficiales no alcanzan ni siquiera a una docena. Según G. Brenan, *Laberinto español*, Madrid, 1975, p. 65, autor muy favorable a Azaña y a su política, el número de huelguistas muertos en la lucha o represaliados fue de 17. Es un cálculo muy próximo a la realidad aunque carecemos de documentos para contrastarlo, excepto el comunicado oficial del Gobierno.